

EL PRECIO DEL MIEDO

La oscuridad brillaba en su negrura más absoluta, como el punto de partida de todo lo conocido, donde nada es nada, ni siquiera el vacío. De pronto toda aquella carencia y ausencia, se convirtió en un túnel y, una conciencia, llamada Ana, apenas una niña pequeña, se percibió a sí misma a través de la visión desde su interior de estar deslizándose, como en un tobogán, pero cerrado como un túnel, envuelto en una oscuridad de la cual, solo percibía una fuerza que la empujara hacia adelante. Un recorrido vertiginoso, casi tanto como el que experimenta un bebé en su trayecto por el canal del parto. La conciencia de Ana seguía cayendo y cayendo, hasta que de pronto un punto de luz se abrió paso, hasta convertirse en una bola brillante y, tras ese fulgor, un par de ojos inconscientes, percibiendo el murmullo de gentes hablando, ni muy alto ni muy bajo. La conciencia de Ana se hundió dentro de ella, hasta abrirse paso ante la mirada atónita de una niña de dos años que, observaba sus pies sobre un medidor amarillo, en el cual un dependiente sujetaba su pequeño pie. Este sería su primer recuerdo.

—La niña tiene un 22.

El vendedor apartó el menudo pie de Ana y lo colocó con cuidado sobre la alfombra. Ana sintió su cuerpo, sus manos sobre el sillón de cuero negro, el calor de la tienda de zapatos sobre su rostro,

los efluvios del aire colarse por su nariz y, la visión del medidor de un fuerte color amarillo. El dependiente regresó con una cajita en las manos, de la que sacó un par de preciosos zapatitos de charol rojos. Los colocó sobre el medidor y, Ana sintió su corazón batir en su pecho, un sonido familiar y, tranquilizador. Se miró los pies que, ya estaban dentro de aquellos zapatitos rojos, y la emoción desató un corro de mariposas que la recorrió de la cabeza a los pies.

Su madre tocó los zapatos para asegurarse que no le hicieran ninguna rozadura.

—Ana, son los zapatos más lindos que he visto nunca.

La niña se sintió feliz al ver, como aquella corriente eléctrica que la recorriera, ahora sobrevolaba la cabeza de su madre. Parecía como si el manto de la felicidad la envolviera. Una felicidad que se asomaba extasiada al brillante sol del segundo año de vida de Ana.

El invierno de 1974 se negaba a marcharse y, las nieves vinieron a cubrir la primavera de una mañana cualquiera del mes de abril, en un pequeño pueblo al noreste de Francia. La humilde pero altiva cadena montañosa los Vosgos alsacianos, rodea el valle sobre el que descansa el pueblo de Thann.

Unos delicados copos de nieve cubrían el alfeizar de la ventana de Ana. Con siete años ya había aprendido a darle la vuelta a la manija metálica que, abría la pesada ventana de madera. Sacó sus manitas fuera extendiendo las palmas de las manos, para admirar una vez más, como si fuera la primera, la delicadeza de la caída de los copos de nieve y, sentir la suavidad posándose sobre su piel. Cerró los ojos imaginando que, aquella suavidad, solo comparable con el roce de una nube, eran mariposas de colores, amarillas, rojas y naranjas que, revoloteaban despistadas, hasta colocarse en el hueco de sus manos.

La voz de su hermano mayor, la sacó repentinamente de su ensoñación.

—¡Ana! Ponte el abrigo ya. Tenemos que irnos o llegaras tarde al colegio.

Su madre se había levantado de la cama a pesar de lo temprano que era.

—¿A qué viene tanto jaleo? Así no se puede descansar.

—Mamá, ¡está nevando! Mira, mira.

Ana estiraba entusiasmada de la manga del pijama de su madre, arrastrándola despacio hacia la ventana.

—¡Déjame la manga, no me estires más! Estoy harta de tanta nieve. No voy a ir a ver como nieva en abril. Esto es una porquería de país. Seguro que en España hace sol y nosotros aquí.

—Mamá, deja de quejarte. Falta poco para que acabe el colegio, y nos iremos a pasar calor a Valencia —replicó el hermano de Ana.

—Prefiero pasar calor. Por lo menos puedo salir y hablar con la gente. ¿Con quién voy hablar si no sé francés?

—Nos vamos. Debo llevar a Ana al colegio y, tengo un examen.

El gélido invierno había pasado, aunque aquella mañana cayeron algunos copos de nieve y, la primavera se presentía bajo los charcos, que no habían llegado a congelarse. Incluso algunas flores bordeaban la carretera.

—¡Mira chache! Están saliendo flores. ¿Cómo es el verano en Thann? ¿Se derrite toda la nieve? —le preguntó Ana señalando en el horizonte las montañas de los montes Vosgos.

—No queda nada de nieve. Aunque el verano aquí no es tan divertido como en Valencia.

—¿Valencia es España?

—Claro, igual que este pueblo, Thann, está en Francia. ¿Qué te enseñan en el colegio?

El aire gélido subía y bajaba en el pecho de Ana tan apresurado, como el paso de Chache por no llegar tarde a clase.

—Corres mucho, Chache.

—Y tú preguntas mucho.

Ana recordaría siempre la curiosidad que le suscitaban las conversaciones con su hermano, tan rápidas y abruptas como el paso rápido con el que la conducía hasta el colegio.

No desperdiciaba la ocasión de preguntarle en español y, siempre aprendía palabras nuevas e incluso si había que esperar la máquina quitanieves, entonces le hablaba de la cultura española. Cuando la llevaba al colegio era el único momento de compartir esto con él. Los once años de diferencia de edad hacían de Chache, un adolescente que, pasaba la mayor parte del tiempo de casa, encerrado en su habitación. Era un excelente estudiante, pero eso no satisfacía a Ana lo más mínimo. A ella le hubiera gustado pasar más tiempo hablando de cosas que, parecía a nadie interesaba.

Había días en los Ana percibía más disposición de su hermano para hablarle, pero solo hablaba de lo mismo, se esforzaba en tratar de explicarle que, no se quedarían para siempre en Thann.

Tienes que escribir todas esas palabras en español Ana. No podemos perder el tiempo con historias. Cuando aprendas todas las palabras que te he escrito y su significado, te contaré otra historia de España.

Ana se esforzaba mucho por aprender. Su madre revisaba su aprendizaje, como una necesidad inane de perpetuar las creencias de la cultura española.

Pero Ana, como todos los niños, no entendía el futuro ni las predicciones que de él hacían los adultos. No comprendía que estuvieran pensando y, menos aún que supieran, qué ocurriría en tal fecha o qué significaba el año que viene. Solo sabía con certeza que las vacaciones llegaban con el calor y, eso estaba próximo.

Las vacaciones eran la señal de que la alegría y la libertad había llegado. Entonces se preparaban una montaña de maletas y, se marchaban a Valencia a pasar el verano.

El mes de mayo asomaba tras un rastro de nieves fundidas descendiendo por las laderas de las montañas, congregándose en el río Thur que cruza la pequeña población. El invierno se retiraba, abriéndose paso una variopinta variedad de colores. Flores que alfombraban prados o, simples ramilletes que crecían solitarios bajo los árboles. Desde la ventana, Ana admiraba y respiraba aquella belleza, permitiendo que la alegría y la fuerza de la vida que, se desplegara ante ella, entrase en su alma, en su mente y en su corazón. Como un oseño que sale de su cueva por primera vez y, asoma la nariz temeroso y expectante, oliendo todas las cosas que le rodean.

Con motivo de la llegada del buen tiempo, el colegio organizaba visitas a diferentes lugares emblemáticos del pueblo. Desde la ventana de casa de Ana, observaba uno de ellos a simple vista: la cruz de La Lorena. Es una enorme cruz blanca de doce metros, visible desde cualquier lugar del pueblo. Un símbolo de la Francia Libre en su lucha por la ocupación alemana. Fue colocada allí arriba por orden del general De Gaulle, como emblema de oposición a la cruz gamada, de la Alemania nazi. Ana fijaba su mirada en la cruz en numerosas ocasiones y, durante los escasos minutos que duraba aquella interrupción, sentía una extraña fascinación por aquel monumento blanco. De una blancura tan pura como lo que representaba, la libertad, la victoria de la luz sobre la oscuridad nazi. La felicidad volvía a su corazón y, experimentaba la fuerza de la primavera en su interior, como si cada piedra, cada árbol, cada flor, formara parte de ella.

Esa felicidad quedaría interrumpida, bloqueada, y, llevada a la sombra de la mente de Ana para defenderse de algo desconocido que, en breve daría su primera señal para manifestar su existencia.

Ana caminaba junto a su compañera de clase de la mano. Las profesoras habían insistido que, no se soltaran hasta llegar a la iglesia que iban a visitar. El sol relucía entre los charquitos de la acera.